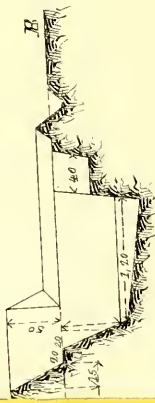


4903

Gabriel

Fig. 31.

te por A.B. de la fig. 30.



per A.B. de la fig. 31.

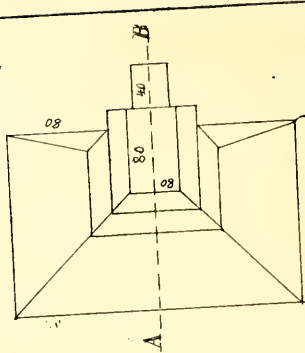
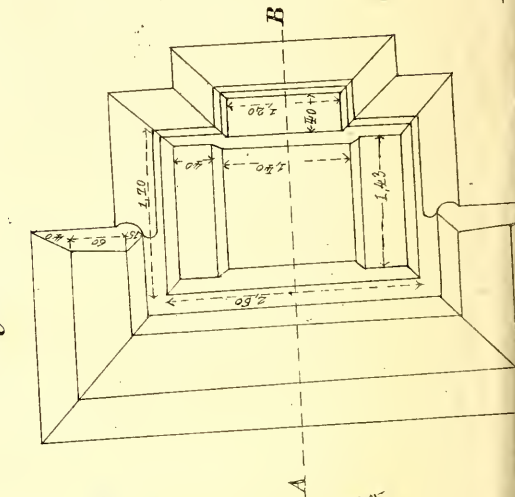
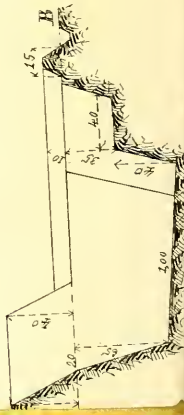
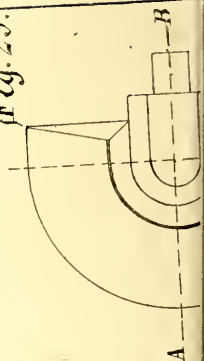


Fig. 29.



GABRIEL.

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Su autor

Don Antonio García Gutiérrez.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Agosto de 1844.

PERSONAS.

ELENA.

INÉS.

JAIME.

DON JUAN DE CARDONA.

GABRIEL.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.

El teatro representa una sala con chimenea encendida al fondo. A la derecha, junto á una mesa, está Inés haciendo labor, y á su lado don Juan. Al lado de la chimenea estará Jaime recostado en un sillón, en ademán pensativo. De cuando en cuando se le ve dirigir una mirada furtiva hácia Inés y don Juan.

ESCENA PRIMERA.

JAIME. DON JUAN. INÉS.

- Juan.* No lo negueis: ese hombre os ama, y...
- Inés.* ¡Callad, callad!
- Juan.* No os importe nada: hablad, y por vida de mi nombre...
- Inés.* Silencio os digo: si advierte en vos...
- Juan.* El temor desecha.
- Inés.* Si de nuestro amor sospecha, es segura vuestra muerte.
- Juan.* ¡Delirio! El miedo te engaña. ¿Qué ha de poder contra mí ese viejo valadi?
- Inés.* ¡Por Dios!
- Juan.* Morirá á mi saña.
- Inés.* Eso no, Felix: jamas consentiré que en sus canas

Juan.
Inés.

pongais las manos profanas.
Le amas, ¡pobre Inés!

No mas.

Sabeis que sin reflexion
vida y alma os entregué
con tanto amor, tanta fé,
cuanta hay en mi corazon.
¡Felix! no quiero deciros,
demasiado lo sabeis,
cuánto á mi pasion debeis
de lágrimas y suspiros.
Santos deberes he hollado
con infame ingratitud
por vos, por esta inquietud
que en mi pecho habeis sembrado.
Pero si os amo, no es
tan ciego mi desvario
que le ofenda: no, ¡Dios mio!
¡Voto á brios!

Juan.
Jaime.

¿Qué haces, Inés?
¿No respondes? Ven aqui.

Inés.

¿Por qué contra tu costumbre
esta noche huyes la lumbre?
(Porque me abraso ¡ay de mí!)
No tengo frio.

Jaime.

Es estraño,
que está la noche cruel.
¿Y vos, Felix?

Juan.
Jaime.

(¡Tambien él!)
Venid conmigo.

Juan.
Jaime.

(¡Mal año!)
¿Qué decis? ¿nada sabeis?
No ha ocurrido novedad
ninguna.

Juan.
Jaime.
Juan.

No, en la ciudad.
¿Qué nuevas de allá traeis?
¿Qué quereis que os participe
que ya no sepais?

Jaime.

¿Es cierto
que esperan luego en el puerto
al nuevo rey don Felipe?

Juan.

Eso corre.

Jaime. ¿Y qué se opina
de su llegada? ¿será
bien recibido?

Juan. Quizá.

Jaime. ¿Y el pueblo, á nada se inclina?

Juan. (Mucho aprieta ya el tormento.)

Dicen que habrá fiestas varias,
y dinero, y luminarias.

El pueblo estará contento.

Jaime. ¡Mirad...! yo pienso que no.

Juan. ¿Qué razon teneis...

Jaime. No creo
que es conforme á su deseo
el rey.

Juan. Eso temo yo.

Jaime. ¡Temeis!

Juan. No; quiero decir...

Jaime. Sed franco.

Juan. ¿Lo sois conmigo?

Jaime. No he de ser vuestro enemigo
por tener otro sentir.

ESCENA II.

DICHOS. GABRIEL.

Gabriel. Para vos me han entregado
estas cartas. (¡Siempre aqui!)
(*Echando á don Juan una mirada de rencor.*)

Jaime. Me permitireis... (*A don Juan.*)

Juan. ¡Oh! sí.

(*Va á levantarse y Jaime le detiene.*)

Jaime. Mas no os vayais de mi lado.

En oportuna ocasion
han venido estos papeles,
que traerán noticias fieles
si los que presumo son.

Juan. (Se va haciendo posma el viejo,
y ya me aburre, ¡par diez!)

¿Os vais? (*Viendo á Inés que se levanta.*)

Inés. Estorbo tal vez.

Jaime. Sí, vete.

Inés.

Solos os dejo.

Juan.

Esto me faltaba.

Inés.

¡ A Dios !

(Vase por la derecha.)

Gabriel.

(¡ Oh ! por vida de mi nombre
que si me apura este hombre
hemos de reñir los dos.)

(Se va por la derecha , sin dejar de mirar á don Juan.

Este se sonríe con desprecio.)

Juan.

¿ Qué nuevas teneis ?

Jaime.

No sé

de qué modo os las esplique,
ni cómo las califique.

Juan.

¿ Por qué motivo ?

Jaime.

¿ Por qué ?

Porque tal vez hay aqui
tal discordia entre los dos ,
que sea malo para vos
lo que bueno para mí.
(Ver e si asi se declara.)

Juan.

Solicitais mi opinion
indagar. Teneis razon.
¿ Os la digo ?

Jaime.

Cosa es clara.

Juan.

Conozco , sin duda alguna,
que de ella disentireis ?

Jaime.

¿ Y por qué lo conoceis ?

Juan.

Porque no tengo ninguna.

Jaime.

Ved cómo andabais errado.

Juan.

¿ Es posible ?

Jaime.

Ya ahora puedo
manifestaros sin miedo
las nuevas que me han llegado.
El Austria , por nuestro mal ,
apoyada de Inglaterra ,
mueve   don Felipe guerra ,
con Holanda y Portugal.
La Francia (¡ por Belceb  !)
para enredar la tramoya ,
con grande ejército apoya
la pretension del de Anjou.
Europa , en fin , que nos ve

débiles y maltratados,
 nos arroja sus soldados
 hollándonos con el pie.
 Todos, débiles y fuertes,
 se abalanzan á la par
 sobre España, para echar
 sobre su túnica suertes.
 Mas... ¿quién sabe? la nacion
 tal vez en su gloria crea:
 tal vez su túnica, sea
 la túnica de Jason.

Juan.
Jaime.

¿Con que habrá guerra?
 ¡Espantosa!

guerra terrible y mortal,
 acaso á España fatal,
 pero sin duda gloriosa.
 No ha de faltarnos al fin
 de esta larga lucha, un dia
 que nos recuerde á Pavia,
 Cirinola ó San Quintin.

Juan.

Noto en vos enemistad
 á la Francia: ¿de qué nace?
 (Me ha vendido.) Eso lo hace
 sin duda la vecindad.

Jaime.

Mas no por esto trabuque
 mis conceptos; que ni estoy
 por el de Francia, ni soy
 amigo del archiduque.

Juan.

¡Sois muy singular!

Jaime.

¡Por Dios!

tal es mi modo de ver,
 que si me dan á escoger
 me he de quedar sin los dos.
 Pero España rival es
 de Francia, y de ello blasona.
 ¡Y ha de ceñir su corona
 un enemigo, un francés!

Juan.

Si don Carlos se la dió
 con público testimonio,
 y era al fin su patrimonio...

Jaime.

La corona; el pueblo no.

Juan.

Con la regia magestad,

- tambien la España heredó.
Jaime. ¿Qué quereis que os diga? yo no encuentro esa afinidad.
Juan. Entonces; fuerza será que á don Carlos prefirais.
Jaime. Lo diré si me apurais.
Juan. Muy bien comprendido está. Pero tocais los extremos, que estrangero tambien es.
Jaime. Venzamos ahora al francés, que luego ya nos veremos.
Juan. Qué, os hace pensar que atrás los de don Felipe cedan.
Jaime. No es lo natural que puedan los menos, como los mas; ni es posible, aunque su tropa tantos peligros embista, que sola Francia resista todo el poder de la europa.
Juan. Pero si España le ayuda, al mundo resistirán.
Jaime. ¿Y pensais que se unirán?
Juan. Es posible.
Jaime. Esa es mi duda. De nuestros nobles mayores heredamos, con la gloria, esta pesada memoria de envejecidos rencores. Y si á Felipe me dan, por ser francés, echo el taco, y me uniré al austriaco, al herege, al musulman.
Juan. Con que pensais vos hacer la guerra.
Jaime. Aunque viejo soy, dispuesto á morir estoy si no es posible vencer. ¿Qué quereis? no quiero dar al yugo francés el cuello, y como soy pobre, en ello tengo mucho que ganar. La guerra ofrece al soldado,

aunque por fatal camino,
los tesoros que el destino
guarda en su seno vedado.

Juan.

Jaime.

¿Y el riesgo?
No le desprecio,
ni le esquivaré tampoco.
Quien odia la vida es loco ;
quien la tiene en mucho es necio.
Y el que pretende medrar
y del polvo de la tierra
levantarse, mucho yerra
si nada quiere arriesgar.
Y luego, no soy tan viejo
ni á tal mi desdicha alcanza
que me falte la esperanza.

ESCENA III.

DICHOS. GABRIEL.

Gabriel.

Os buscan.

Jaime.

¿Quién?

Juan.

Solo os dejo.

Jaime.

Id á acompañar á Inés,
que yo no sé en qué consiste,
pero está llorosa y triste.

Juan.

Ya nos veremos despues.

(*Vase por la derecha.*)

Gabriel.

(¡Él tambien! ¡viven los cielos!)

Jaime.

¡Gabriel!

Gabriel.

¿Señor?

Jaime.

¿Quién me busca?

habla.

Gabriel.

(¡Mi razon se ofusca!
¡Silencio y paciencia, celos!)
Una señora, cubierta
con un velo.

Jaime.

¡Es singular!

¿Dónde está?

Gabriel.

No quiso entrar,
y se ha quedado á la puerta.
Dice que entrar no es posible
hasta que solo os encuentre.

Jaime. ¿Quién puede ser? dila que entre.
(*Vase Gabriel.*)
¡Qué misterio incomprensible...!

ESCENA IV.

JAIME. ELENA, que entra con precaucion, cubierto el rostro con un velo. Despues de asegurarse de que está solo Jaime, se acerca á él y se descubre.

Elena. ¿Me conoceis?

Jaime. ¡Oh! ¡qué miro!

Elena. No me esperabas.

Jaime. (¡Gran Dios!

¡lo que temí tanto tiempo!
mi desdicha se cumplió.)

Elena. ¿Qué te suspende?

Jaime. ¡Señora!

¡perdonad...!

Elena. ¿Por qué razon,

cuando alegrarte debieras,
me recibes con temor?

Jaime. ¡Elena! no sé si debo...

el tiempo feliz pasó
en que endulzaron mis sueños
las caricias de tu amor.

Hoy, desengañado y viejo,

¿qué quereis, señora? son
esos recuerdos tan gratos,
que el veros me estremeció.

Al cabo de larga ausencia,

¡oh! no sabeis el dolor

que en mi ha causado esa estraña
imprevista aparicion.

Sois el recuerdo animado

de una dicha que pasó;

de mi juventud hermosa
ahogada y marchita en flor.

¿Adónde han ido mis negros
cabellos? la edad veloz,
á par que mis desventuras,
en nieve los convirtió.

¿Cómo no queréis que tiemble
de miraros, cuando sois
de la edad de mis venturas
inexorable reloj.

Elena.

¡Es cierto, Jaime! tu frente
sulcada por el dolor,
por los años, me retrata
lo que he sido y lo que soy.
Mas ¿qué podemos nosotros
contra la mano de Dios?
¿No hay por dicha otras venturas
para nosotros?

Jaime.

¡Ay! no.

Elena.

Me haces temblar.

Jaime.

(La zozobra
no cabe en mi corazón.)

Elena.

Las flores del amor, mueren;
pero si las besa el sol,
renacen con sus semillas
en nueva y lozana flor.

Jaime.

¿Qué decís, Elena?

Elena.

¡Callas!

Acaso la maldición
del moribundo anciano...

Jaime.

Sí, Elena: el cielo la oyó.

Elena.

Me engañas, Jaime.

Jaime.

¡Engañarte!

¿qué decís? ¿por qué razón...

Elena.

¡Oh! si lo hicieras, si así
te burlaras del dolor
de una madre...

Jaime.

Yo...

Elena.

No habría
para tal crimen perdón.

Jaime.

Yo te juro...

Elena.

No; yo quiero
creerte: no es tan feroz,
tan ciego el rencor del hombre.

Jaime.

¿Qué hablas de duda y rencor?

Elena.

¡Privarla tú de su madre!
no es posible: tan atroz
sentimiento no ha podido

- caber en tu corazón.
Jaime. ¿Y por qué...?
Elena. ¡Con que es preciso renunciar al seductor halago de esa esperanza!
Jaime. El cielo así lo ordenó.
Elena. ¡Pobre hija mía, que fuiste con rápida aparición fruto de mi amor impío y encanto de mi dolor! Dios te ha llamado á su seno, porque sin duda temió que el martirio de la vida quebrantase tu valor. Y viéndote niña y débil, con paternal prevision la amarga senda de espinas ante tus pies abrevió.
Jaime. ¡Calla por piedad! ¿no adviertes que desgarras con tu voz mi pecho, donde no cabe tu noble resignacion? ¿No ves lo que sufro?
Elena. ¡Jaime!
 ¿Lloras? Lloremos los dos, que si eres tú desdichado, no soy venturosa yo. Para nosotros, la vida son los recuerdos: yo soy cual tú infeliz... la desgracia ha sellado nuestra union.
Jaime. ¿Qué quieres decirme, Elena?
Elena. Que aquel desdichado amor vive aun: que no ha podido la eterna persecucion de los míos, arrancarle del alma que le engendró: y que diez años, pasados en obscura reclusion, irritarle consiguieron, pero amortiguarle, no.
Jaime. ¡Será posible!

Elena. Riquezas,
 titulos y amor te doy;
 cuanto abarque la esperanza
 de tu soñada ambicion.
 Desesperada de hallarte...
 te confesaré mi error,
 la mano acepté de un hombre
 noble y galan.

Jaime. Fue razon.
 (Respiro.)

Elena. Pero no pienso
 cumplir mi promesa.

Jaime. ¡No!

Elena. Hoy quiero desengañarle.

Jaime. ¡Qué escucho! ¡Deliras?

Elena. Hoy
 es fuerza que nuestros lazos
 consagre la religion.

Jaime. Eso no es posible, Elena.

Elena. ¡No es posible! ¡Santo Dios!
 ¿he escuchado bien?

Jaime. ¡Sería
 tan insensata esa union...!

Elena. Mas insensato y mil veces
 mas criminal fue tu amor.
 Pero comprendo el motivo
 por qué me rechazas... ¡Oh!
 ¡Ya lo sé, Jaime! aqui tienes
 una muger.

Jaime. ¡Es error! (Aterrado.)

Elena. No lo niegues: yo creia
 con entera conviccion
 que era el fruto desdichado
 de mi maternal dolor,
 y hallo una rival que ufana
 me roba tu corazon,
 y con él las esperanzas
 de una existencia mejor.
 Yo la veré.

Jaime. ¿Con qué objeto?

Elena. Aqui estará.

(Se dirige á la puerta de la derecha.)

Jaime. (*Interponiéndose.*) No entres, no: imposible es por ahora.
Aparta.

Elena. ¿Por qué razón?

Jaime. Está dentro un caballero de Barcelona... ¿su voz no escuchas?

Elena. Sí. (*Aplicando el oído á la puerta.*)

Jaime. Bien podría verte, y acaso tu honor padeciera.

Elena. (¡Justo cielo!)

Jaime. ¿Qué te suspende?

Elena. ¿Quién vió reunidos tantos agravios?

Di, Jaime, así plegue á Dios completa hacer tu fortuna, ya que mi fortuna no, ¿ese es don Juan de Cardona?

Jaime. No es sino Felix Carrion, buen mozo, alegre y honrado, comerciante de Ripoll. Tiene sus defectos: es maldiciente y jurador.

Elena. (No me he engañado: es don Juan.) Sí, ya caigo.

Jaime. Ya es razón que salga, que en esa pieza está encerrado por vos.

Elena. No importará que me vea. Antes tomaré á favor que le aviseis.

Jaime. Norabuena.

Salid, Felix.
Juan. (*Saliendo por la derecha.*) ¡Voto á Brios...!
(¡Cáspita! ¡aquí doña Elena!)

Jaime. (Parece que se turbó.)

Elena. Si no os incomoda, á solas tenemos que hablar los dos.
(*Jaime se va por la derecha.*)

ESCENA V.

ELENA. DON JUAN.

Elena. ¿Cómo es que os encuentro aquí,
señor don Juan? ¿cómo es
que con doloso misterio
el nombre mudado habeis?
Sed franco: nada os exijo
sino esto; pero entended
que nada habeis de ocultarme.

Juan. (Yo no sé qué responder.)

Elena. Confuso estais, como el reo
en presencia de su juez,
y es que la conciencia os turba,
si es que conciencia teneis.

Juan. (Eso es lo que mucho dudo:
lo que yo temo, es perder...)
¡Elena!

Elena. Hablad: ¿qué disculpa
podeis darme?

Juan. No lo sé,
la verdad. (Nunca me he visto
en apuro tan cruel.)

Elena. Vuestra turbacion me dice
lo bastante; mas ¿por qué
negármelo? ¿teneis amor,
por ventura, á esa muger?

Juan. ¡Yo! fuera un crimen, amándoos
con tan estremada fé...

Elena. Podeis escusar lisonjas
que al cabo no he de creer.
Si la amais, si por ventura
romper el lazo quereis
que nos liga...

Juan. Antes la muerte.
(No fuera malo.)

Elena. Pues bien.
Quiero creer que abrigais
por mí ese amor: no seré
tan dura que le desdeñe.

Juan. Fuera sobrada altivez.

Elena.

Pero si yo consintiera...
perdonad, don Juan: no sé
cómo os lo diga. Si fuerais
como yo franco, tal vez...

Juan.

Esplicaos.

Elena.

Mas, si os lo digo,
vais sin duda á suponer...

Juan.

Os juro que no.

Elena.

Yo os amo
con tal ternura y tal fé...

Juan.

Ya me dais que sospechar.
Hablémonos sin doblez.

Elena.

Esa jóven...

Juan.

Esa jóven...

Elena.

Os agrada.

Juan.

Yo os diré:
agradarme, no lo niego;
pero ningun interes...

Elena.

Lo supongo: no aspirais
á ser su marido.

Juan.

Ved
que culpais mis intenciones.
Un leve capricho.

*Elena.**Juan.*

¡Pues!
Pero desde hoy os prometo
que nunca mas volveré
á esta casa.

Elena.

¡Qué locura!
Ni lo apruebo, ni lo hareis.
¿Os estais burlando?

*Juan.**Elena.*

El precio
de nuestro enlace, ha de ser
esta condicion.

Juan.

¡Elena...!
estraña por cierto es.

Elena.

¿Teneis rivales?

Juan.

No faltan,
y ella los tiene tambien
á juzgar...

Elena.

Me habeis jurado
no sospechar.

Juan.

Lo olvidé.

- Elena.* ¡ Y ella os adora !
Juan. A lo menos ,
yo tengo la insensatez
de creerlo.
- Elena.* Y el rival
¿quién es ?
- Juan.* Preguntad mas bien
quiénes son.
- Elena.* ¡ Virgen María !
Juan. ¡ Es tan golosa la miel !
Elena. Pintádmelos.
Juan. Ese viejo...
Elena. Jaime.
Juan. ¡ Ya ! le conoceis.
Elena. En otro tiempo... creía
que era su padre.
- Juan.* ¿ Quién , él ?
Os engañais , y aunque ha sido
amparo de su niñez ,
yo presumo...
- Elena.* Pero vos
del riesgo la salvareis.
Juan. Así lo espero.
Elena. ¿ Y no tiene
celos de vos ?
- Juan.* No , par diez.
Me tiene el viejo cuitado
una aficion...
- Elena.* Sois cruel
engañándole.
- Juan.* Ello es cosa
que de algun modo ha de ser.
El otro , es un mozo brusco ,
pelo en pecho , hombre soez ,
como educado en las rudas
montañas de Balaguer.
Tiene unos puños feroces ,
y una voz de somaten...
A ese , le aborrezco : á ese ,
le persigo sin cuartel.
Y él lo sabe ; y el remate
de la fiesta vendrá á ser

que nos rompamos la crisma
como dos y una son tres.

Elena.

¡Qué horror! no hareis tal.

Juan.

Se empeña

en estorbar, ¿qué he de hacer?

Elena.

¿Y si os mata?

Juan.

¿Hay mas remedio?

Requiescat in pace, amen.

En tal punto es ya preciso;

pero no temais: él es

un desmayado: le pongo

hecha una criba la piel.

A no ser que vos... ¡ya caigo!

El singular interes

que manifestais...

Elena.

¡Don Juan!

¿Olvidais...

Juan.

(Sin duda es él.)

Ya sé que me está vedado

sospechar ni aun suponer...

¡Pero veo tan claro! en fin,

quizá le perdonaré.

Por lo domas, dispensadme

si atrevido y descortés...

Elena.

Basta, os repito.

Juan.

¿Habrá pícaro

mas dichoso?

Elena.

¿Callareis?

Juan.

Solo me resta esplicaros

cómo pienso disponer

el rapto; porque es un rapto

sin duda lo que quereis.

Elena.

No me opongo.

Juan.

La conduzco

lejos.

Elena.

Me parece bien,

con tal que su honor...

Juan.

Ya vais

á dudar de mi honradez.

Mas como el viejo es un Argos,

encerrarle es menester.

algun tiempo.

Elena. ¿De qué modo?

Juan. En una prision.

Elena. ¿Por qué?

Juan. Conspira contra Felipe,
y conserva en su poder
cartas...

Elena. Pero eso es infame
y villano.

Juan. Ya lo sé;
pero en tanto que él entabla
relaciones con su juez...
ella...

Elena. No, no lo permito:
entendedlo.

Juan. Pero ved...
Si os interesais por todos,
no sé cómo lo he de hacer.

Elena. Buscad otro medio.

Juan. Bueno.
(No haré yo tal, ¡voto á quién!)
¿Os quedais?

Elena. Si no os estorbo,
acompañándoos iré.

Elena. ¡Estorbarme! ¿por qué causa?

Juan. Yo no sé si la teneis,
pero...

Elena. ¿No os amo?

Juan. Ni aun eso
me es posible suponer.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.



La misma decoracion del acto primero. Inés estará apoyada en la ventana, mirando al campo con manifesta inquietud.

ESCENA PRIMERA.

INÉS. Luego GABRIEL.

Inés.

Aun no viene: temerá
traerme nuevas fatales
del pobre Jaime, y quizá
el cúmulo de mis males
emponzoñar no querrá.
Por dilatarme el dolor
la nueva triste suspende,
sin conocer que en rigor
la duda es pena mayor
que el mal que no nos sorprende.

(Gabriel entra por la derecha, y se acerca con timidez hasta colocarse detras de Inés.)

Gabriel. ¿Inés?

Inés. Ya tarda. *(Distraida.)*

Gabriel. (¿Qué mira?

Ya lo sé; ¡triste de mí!
le espera, pesie á mi ira,
y por su vuelta suspira.)

¡Señora...!

Inés.

¿Estabais aqui? *(Con sorpresa.)*

Gabriel. De nuestro amigo en ausencia
yo soy vuestro protector ,
en tanto que la sentencia
aclarando su inocencia
le devuelve á nuestro amor.
Mas si acaso os importuna
mi presencia...

Inés. ¡ Vos , Gabriel !
¿ qué decis ? hay causa alguna...

Gabriel. No hay otra sino el cruel
despego de mi fortuna.

Inés. Siempre lo mismo. (*Con sentimiento.*)

Gabriel. ¡ Señora !

en tanto que la pasión
que con saña me devora
no mitigue bienhechora
mi funesta convicción ;
mientras el hondo vacío
que preside á mi existencia
no esconda su abismo impío ,
no habrá para el pecho mio
mas poderosa influencia.
A los que felices son ,
el llanto es mortal veneno
que ocultar fuera razón ;
pero ¡ ay ! que cuando está lleno ,
rebose del corazón.

Inés. ¡ Pobre Gabriel ! si en mi mano
daros la dicha estuviera
no la aguardarais en vano ,
porque os amo...

Gabriel. (*¡ A Dios pluguiera !*)

Inés. Os amo como á un hermano.

Gabriel. Ya lo sé , y hartó favor
en debéroslo merezco ;
pero es tan grande el rigor
de mi estrella , que aborrezco
ese nombre y ese amor.

Inés. Yo no os entiendo , Gabriel.

Gabriel. Perdonadme , si mi labio
os da con extremo fiel
por un respeto , un agravio.

Inés.

Es verdad : ¡ estais cruel !
Mas si acierto por ventura
vuestra pena...

Gabriel.

No es posible.

Inés.

¡ Tal vez alguna hermosura !
¿ Escuchó vuestra ternura
á vuestro halago insensible ?

Gabriel.

Yo... (*Confuso.*)

Inés.

No lo negueis : yo soy
indulgente con estremo.

Gabriel.

¡ Inés ! (*Cón pasion.*) (A perderme voy.)

Inés.

¡ La verdad !

Gabriel.

(Turbado estoy,
y á mi propia audacia temo.)

Inés.

No lo estraño , mas lo siento.
¡ Vos tambien habeis buscado
con el corazon sediento
ese inefable tormento
maldecido y deseado !
Esclavo de un triste amor ,
tambien vuestro pecho alienta
ese encanto destructor
que su existencia alimenta
con lágrimas y dolor.

Gabriel.

Y si tal es la existencia
para el que seguro vive
en blanda correspondencia ,
qué será del que recibe
por favor la indiferencia.
Si ese encanto de los cieños
al mas venturoso da
pena tambien y desvelos ,
¿ el desdichado qué hará
aborrecido y con celos ?

Inés.

¡ Celoso y aborrecido !
¿ Y quién es esa muger
tan ciega , que así ha podido
prestaros ingrato oído
y vuestro amor posponer ?
¡ Oh ! no... siu duda el afán
de vuestras negras sospechas
ese error os dictarán.

Los celos, Gabriel, son flechas
que adónde las llaman van.
Sois valiente, honrado y fiel,
sin que ninguno os esceda.

Gabriel.

¡Oh! ¡gracias...!

Inés.

¡Alma cruel!

yo no sé cómo hay quien pueda
desdeñar á mi Gabriel.

Gabriel.

¡Dejadme que en esa mano
ponga mi labio! ¿Es verdad
lo que decís?

Inés.

(*Besándola la mano arrebatadamente.*)

(*Con dulzura.*) ¿No era llano?

¿Pensais que el amor de hermano
ofusque mi voluntad?

Gabriel.

¡Hermano! (*Sollando la mano de Inés.*)

Inés.

Cosa es muy cierta.

Gabriel.

(Esa maldita palabra
mi ventura desconcierta
siempre que en mi pecho labra
una esperanza despierta.)

Inés.

Alentad: nunca hay razon
para así desesperar.
El tiempo y vuestra pasion
vendrán al fin á ablandar
de esa fiera el corazon.

Gabriel.

No lo espero.

Inés.

Yo tambien

sufro y mil penas devoro;
porque en esta vida, ¿quién
no unió con la risa el lloro,
ó tuvo perpetuo bien?

Yo como vos amo y peno,
y aunque el dolor no es igual
al vuestro, tambien mi seno
abriga amargo veneno
de sufrimiento inmortal.

Y en tal manera me aqueja
cerrando el labio á la voz,
que pérfido no me deja
ni el consuelo de la queja
en mi sufrimiento atroz.

Y cuando mas desdichada
 á romper pienso que voy
 mi carcel, enagenada,
 vacilo, y no sé si estoy
 contenta ó desesperada.
 Tal es nuestra condicion,
 porque arraigado el tormento,
 no hay voluntad ni razon
 que preste al entendimiento
 armas contra el corazon.

Gabriel.

Mas...

Inés.

¡Callad! ¿no habeis oido
 pasos de caballo?

Gabriel.

Sí.

Elena.

Don Felix sin duda ha sido.

Gabriel.

¿Le esperais?

Elena.

Me ha prometido
 traer nuevas... ya está aqui.

ESCENA II.

DICHOS. DON JUAN.

Juan.

Inés.

Gabriel.

Con vuestra licencia.

Inés.

¿Os vais?

Gabriel.

Tal vez importuna
 puede seros mi presencia,
 y aunque envidio su fortuna,
 mas temo vuestra inclemencia.
 (*Vase por la derecha.*)

ESCENA III.

DON JUAN. INÉS.

Inés.

(Tiemblo comprender... ¡Dios mio!)

Juan.

¿Qué dice?

Inés.

No sé... no sé.

(Si yo la causa seré
 de ese amor triste y sombrío.)

Juan.

Bien, ¡vive Dios! ¿no teneis

nada que decirme? ¡hablad!
¿qué os sucede?

Inés. Perdonad;
pero estoy triste... ¡ya veis!

Juan. Traigo excelentes noticias.

Inés. ¿De veras? (Con alborozo.)

Juan. ¿Si hoy acabara
su prision, no te alegrara?

Inés. ¡Te diera el alma en albricias!

Juan. ¡Eso no, viven los cielos!

Inés. ¡Felix!

Juan. Ya tanto interes
me da á comprender, *Inés*,
la justicia de mis celos.

Inés. ¿A qué aumentar mi inquietud?

Juan. ¿No le amas?

Inés. ¿Qué puedo hacer?

No puedo odiarle, sin ser
un monstruo de ingratitud.
Y exigir que le aborrezca,
que no le pague el amor
que me tiene, ya es rigor
que no es justo que obedezca.

Y si ciega no estuviera
al ver tu injusticia clara,
su noble afecto estimara
y el tuyo desatendiera.

Juan. Qué bien con esa ficción
en que tu perfidia escondes,
á la inspiracion respondes
de tu falso corazon.

Si, *Inés*, ya lo presumí,
y en ese encarecimiento
bien muestras el sentimiento
que reservas para mí.

Inés. Perdona mi ciego error:
injusta soy, pero á veces
con tu ceño me estremeces
y me da miedo tu amor.

Juan. ¡Es que me aborreces! dilo,
acaba.

Inés. No te diré

sino que al amor juzgué
 mas dichoso y mas tranquilo.
 Hasta el punto en que te vi,
 quién sabe si por mi daño,
 en un delicioso engaño
 enagenada viví.

Pensé yo que era un placer
 de sinsabores esento,
 y dulce contentamiento
 que encantaba nuestro ser.

Soñé con castos amores
 de ilusiones peregrinas,
 sin ver las duras espinas
 en medio de tantas flores.
 ¿Por qué esa llama inmortal,
 cuando en el alma se enciende,
 no se sublima y desprende
 de nuestra carne mortal?

¡Si, Felix! si de otra suerte
 tu ciego amor comprendiera,
 olvidarte no pudiera,
 mas pudiera aborrecerte.

Juan.

Inés.

(¡Cáspita!)

¡Callas, vacilas!

Ya que has venido á turbar
 mi pecho, y á marchitar
 mis esperanzas tranquilas,
 rasga tambien mi ilusion,
 y á la que fiel te desea
 deja que el abismo vea
 de tu negro corazon.

Juan.

Bien me comprendes: seré
 franco y leal.

Inés.

Eso quiero:
 morir de dolor, primero
 que sospechar de tu fé.

Juan.

No es mi amor tan ideal,
 ni acaso tan santo y puro,
 pero noble, te lo juro,
 eso sí, noble y leal.

Soldado soy: no merezco
 esos afectos que ignoro.

Con ruda pasion adoro ,
 y con la misma aborrezco.
 En mi esperanza , tenaz ,
 hasta alcanzarla persisto ;
 pero jamas ; vive Cristo !
 con engaño ni disfraz.

Inés.
 ¡ Calla por piedad ! la hiel
 que en tus palabras rebosa ,
 con sensacion dolorosa
 estremece mi amor fiel.
 Con esa amarga verdad ,
 cuando el corazon me dañás ,
 aun me fascinas , y engañás
 mi torpe credulidad.
 ¿ Qué negra magia te escuda
 para completar mi daño ,
 que escuchando el desengaño
 apenas pienso en la duda ?
 Tanto ciegas mi razon ,
 que sin valor y sin brio
 leo el sentimiento frio
 que labra en tu corazon.
 ¡ Felix !

Juan.
 Sí , Inés , es preciso
 que en blando lazo amoroso
 olvides ese engañoso
 fantástico paraíso.
 Eres mia , y desde hoy mas ,
 de ese amor que has de sentir
 en vano querrás huir ;
 queriéndolo , no podrás.
 O donde quiera que huyas
 contigo en el alma iré ,
 y el despertador seré
 de las esperanzas tuyas.
 Nuestros destinos estan
 en una estrella cifrados ,
 y tristes ó afortunados ,
 al cabo se cumplirán.

Inés.
 Eso no , que yo sabré
 rasgar , si es fuerza , la herida ,
 y aunque me cueste la vida

al destino venceré.

Huye de aquí.

Juan. Es vana acción,
que donde quiera que fueres
te he de seguir.

Inés. No lo esperes.

Juan. ¡Qué inútil obstinación!
El hombre que fue hasta hoy
tu apoyo, con triste suerte
espera acaso la muerte:
pues bien, yo tu amparo soy.
Tu amante, el único ser
que en tus amargos enojos
enjuagar pueda tus ojos
y endulzar tu padecer.
Para nuestro bien común
yo ampararé tu orfandad,
¡pobre niña!

ESCENA IV.

DICHOS. GABRIEL.

Gabriel. ¡Perdonad!
(*Colocándose entre los dos.*)

La queda su hermano aun.

Inés. ¡Gabriel! ¡Gabriel!
(*Refugiándose en sus brazos.*)

Gabriel. ¡Bien decís!

¡pobre niña, que á la angustia
de su soledad añade

el triste amor con que lucha!

¡Desdichada! que en el negro

desamparo que la abrumba

en vez de amor y consuelos

recibe de vos injurias.

Juan. ¡Vive Dios! ¿y qué importa...

Inés. ¡Felix, callad!

Juan. (*Aparte á Inés.*) (Si me apura,
no sé si podré enfrenar
mi mal contenida furia.)

Inés. ¡Por el cielo!

Gabriel.

¿Qué me importa
decis? ¡extraña pregunta!
¿O no sabeis que mi vida
está enlazada á la suya?
¿No sabeis que en fraternales
vínculos, por mi ventura,
uní mi suerte á su suerte
desde el albor de su cuna?
¿Que este cariño, nutrido
con nuestra desgracia mútua,
fue luego pasion inmensa,
pero como inmensa, pura?
Si no lo sabeis, tenedlo
presente, y antes que sufra
su perdicion, vuestra sangre
para saciarme aun no es mucha.

*(Don Juan queda un momento indeciso: despues contesta
con forzada calma.)*

Juan. Vos sois el juez de esta causa.

(A Inés.)

O rechazais su importuna
intervencion, ó aceptais
al protector que os escuda.
Si lo primero, el desprecio
será leccion harto dura;
pero si admitis su oferta,
tambien yo admito la suya.

Gabriel.

Si eso tan solo os detiene,
poco os importe la duda,
porque airoso ó despreciado,
siempre es mi venganza justa.
Solo hay un medio que aplaque
mi cólera.

Juan.

Solo hay una
paciencia, y la mia es corta
para oir vuestras injurias.

Inés.

¡Don Felix!

Juan.

Callad el medio
de conciliacion: no escucha
mi rencor satisfacciones,
ni me desarman disculpas.

Inés.

¡Callad! yo os lo mando.

- Juan.* (*Aparte á Inés.*) (¡Inés!
si á seguirme te rehusas,
inevitable es el duelo.
Piénsalo bien.)
- Inés.* ¡Nunca! ¡nunca!
- Juan.* ¡Salid!
- (*A Gabriel: este se dirige á la puerta, y se detiene al
ver que don Juan no le signe.*)
- Inés.* ¡Esperad!
- Gabriel.* ¿Qué aguarda?
- Inés.* Dispuesta estoy.
- Juan.* ¿Me lo juras? } (*Ap. los dos.*)
- Inés.* Sí, Felix, si á ese combate,
que me estremece, renuncias.
- Juan.* Yo te lo ofrezco... Esta noche...
(*La habla en voz baja.*)
- Gabriel.* (No me abandones, fortuna,
y para matar mis celos
préstame una vez tu ayuda.)
¿Estais pronto?
- Inés.* No: don Felix
ha renunciado á esa lucha,
á mis ruegos.
- Gabriel.* ¿Cómo así?
(¡Oh! ¡no, por temor se escusa!
¡el infame!) (*A Inés.*) Si aceptais
mi proteccion, no habrá dura
condicion que yo no acepte
y que con lealtad no cumpla.
- Inés.* Sed vos mi padre y mi apoyo.
- Gabriel.* Eso sí.
- Juan.* (Bien disimula.)
- Gabriel.* Pero ¡ay triste del que osare
tu desgracia! no presuma
lograrlo, sin que primero
bajo sus golpes sucumba.
- Inés.* Vamos, Gabriel.
- Gabriel.* Antes quiero,
por si interesada juzga
mi intencion, sacrificarle
vuestra mano y mi ventura.
- Inés.* ¿Qué vais á hacer?

Gabriel. (A don Juan.) Vuestro afecto
es tan noble, que sin duda
la aceptaréis por esposa.

Juan. No espero mayor fortuna.
Pero de vos yo no debo
aceptar...

Gabriel. ¿Veis que se escusa? (A Inés.)
Salid de aquí, y á esta casa, (A don Juan.)
don Felix, no volvais nunca.
(Vase con Inés: don Juan se sonríe con ironía.)

ESCENA V.

DON JUAN, solo.

Con la cruz del matrimonio
piensa espantarme. ¡Qué furia!
¿Eh...? ¿no es un coche?
(Se asoma á la ventana, y observa.)
Ya paran.

Como la tarde es ya oscura,
no se puede percibir...
aquí han entrado, y se escuchan
ya pasos en la escalera.
¡Diantre! Esperaré á que suban.

ESCENA VI.

DON JUAN. ELENA y JAIME, que salen por la derecha:

Jaime. ¡No, Elena, no! si tu piedad confieso,
si agradezco rendido tu clemencia,
no esperes nunca que al traidor perdone
que mi amistad vendió. ¡Qué miro!

(Viendo á don Juan, que se habrá retirado á un extremo
del teatro.)

Elena. (Deteniéndole.) Espera.

Jaime. ¡Don Juan! ¡Don Juan aquí!

Juan. (Todo lo sabe.)

Elena. Un recelo no mas, una sospecha...

Jaime. ¡Sospecha dices! — ¡Acercaos! (A don Juan.)

Juan. (¿Quién pudo
haberlo revelado sino es ella?)

Jaime. Acercaos, os repito.

Juan. ¿Qué me quiere?

Jaime. No sé cómo deciroslo: vergüenza tengo por mí y por vos; pero no cabe en mi pecho el furor.

Elena. ¡Callad! (*A don Juan con ademán suplicante.*)

Juan. (*¡Elena!*)
(*Aparte á Elena, con marcado resentimiento.*)

Mas ¿de qué me acusais?

Jaime. ¡Traidor espía que al hombre honrado que te abrió sus puertas, en la tranquila paz de su morada con asechanzas pérfidas rodeas!

Juan. ¡Jaime!

Jaime. Miradme sin rubor.

Juan. Yo os juro...

Jaime. Sois un villano, y quien así posterga su claro nombre y dignidad, ¿qué mucho que á Dios perjure y con descaro mienta?

Juan. ¡Me insultais, vive el cielo!

(*Empuña la espada, y se precipita colérico sobre Jaime. Este permanece inmóvil, mirándole con desprecio. Elena detiene á don Juan.*)

Jaime. ¿Qué os detiene?

sacad la espada, ensangrentad la diestra en un viejo indefenso. Digna hazaña, que solo en vos imaginable fuera.

Juan. ¡Oh! si viejo no fuerais...

Jaime. No os importe.

Herid, don Juan, herid: mayor ofensa es vuestra infame accion.

Juan. ¿Quién ha podido calumniar mi lealtad?

Jaime. ¡No lo confiesa!

¿Quién dirigió la acusacion infame que aun pesa sobre mí? ¿quién mi franqueza con tal ingratitud pagó villano?

Juan. ¡Es una vil calumnia!

Jaime. Ved la prueba.

(*Sacando un pliego que presenta á don Juan: este le mira atónito y confundido.*)

- Juan.* ¿Quién os dió este papel? (¡Ah! me han vendido.)
¡Jaime...!
- Jaime.* Miradlo bien: es vuestra letra.
¿Sois don Juan de Cardona?
- Juan.* No os lo niego.
- Jaime.* Salid, salid, porque el furor me ciega,
y no quiero mancharme en vuestra sangre.
- Elena.* ¡Idos por Dios!
- (*Don Juan se detiene un momento como vacilando: al fin se marcha rapidamente, dando muestras de cólera.*)
- Juan.* Yo volveré.

ESCENA VII.

JAIME. ELENA.

- Jaime.* ¡Que vuelva!
- Es ya tarde, don Juan, y vanamente
llevar á cabo tu venganza esperas,
que cuando ufano á la ciudad caminas,
á tu desdicha y perdicion te entregas.
- Elena.* ¿Qué estás hablando?
- Jaime.* Sí; la ciudad duerme
con silencio fatal; mas ya se acerca
el instante tambien de que levante
hondo clamor de temerosa guerra.
Me haces temblar.
- Elena.* ¿Por qué?—Pero mis ojos
en vano buscan la esperada seña.
- Elena.* ¡Jaime! ¡una insurreccion! ¿con que era cierto?
- Jaime.* ¿Pero Inés dónde está? ¡Perdona, Elena!
Esta noche tal vez...
- Elena.* ¡Jaime!
- Jaime.* Un secreto...
Silencio, ya está aqui.

ESCENA VIII.

DICHOS. INÉS. GABRIEL.

(*Los dos se arrojan en sus brazos: Jaime los mira con ternura.*)

- Inés.* ¡Qué miro!

Elena. (¡Es ella!)

(*Mirando á Inés con rencor.*)

Gabriel. ¡Jaime!

Jaime. ¡Mi Inés! ¡Gabriel!

Gabriel. ¡Libre!

Jaime. ¡Sí, libre

para siempre, Gabriel!

Gabriel. ¿De qué manera...

Jaime. Barcelona responde al grito santo,
y esta noche...

Inés. ¡Gran Dios!

Jaime. ¡Oh! ¿por qué tiembles?

(*Elena se ha retirado al lado de la ventana desde el momento en que ha salido Inés, y se la ve observar á la ciudad con agitacion.*)

Elena. ¿Qué miro?

Jaime. ¡Ya! ¡por fin...!


(*Corre hácia la ventana, por donde se verá á lo lejos el resplandor de las hogueras.*)

Gabriel. ¿Qué significa...?

Jaime. La temerosa luz de esas hogueras es la ansiada señal que nos anuncia nuestra emancipacion. ¡Bendito seas, faro de libertad! y el Dios que justo sobre el destino de los hombres vela, ó ya para vencer nos dé su apoyo, ó ya para el martirio nos dé fuerzas.

(*Las dos mugeres manifiestan su terror: Jaime y Gabriel se abrazan entusiasmados.*)

· FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

El teatro, dividido en dos partes, figura á la derecha del actor la habitacion de Jaime, con un lecho arriado á la pared cubierto con cortinas. A la derecha hay una puerta y al fondo una ventana. En la otra division, que es la alcoba de Gabriel, habrá una puerta á la derecha, y en el fondo un balcon. Al empezar el acto está Jaime recostado en el lecho. Gabriel entra en la alcoba de aquel por una puerta que da comunicacion á las dos habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

JAIME. GABRIEL.

Gabriel. (Levantando las cortinas de la cama.)

¿Jaime?

Jaime. (Despierta sobresaltado.)

¿Quién es? ¿es ya tiempo de marchar?

Gabriel. Aun es de noche.

Jaime. ¿Qué quieres?

Gabriel. Hablaros.

Jaime. ¿Tanto

interesa?

Gabriel. Mucho.

Jaime. Entonces

:

dispuesto estoy á escucharte.

(Se incorpora apartando las cortinas, de modo que le vea el espectador.)

Gabriel. Esperad.

(Se asoma á la puerta de la derecha, y observa.)

Jaime. Nadie nos oye :

acaba. Tanto misterio
mi corazon sobrecoge.

Gabriel. No temais : para mí estan
reservados los dolores.

Jaime. ¿Qué tienes, Gabriel?

Gabriel. Señor,
de vergüenza no os responde
el miserable á quien disteis
de amigo y de hermano el nombre.
Vengo humillado á implorar
mi castigo.

Jaime. Por San Jorge,
que no comprendo, Gabriel,
tus misteriosas razones.

Gabriel. ¿Tú á mí ofenderme? ¿es posible?
Con negro delito, enorme,
con el mayor que ha cabido
en el corazon del hombre.
La ingratitud.

Jaime. Yo dijera
que esas tristes reflexiones
contra mí se dirigian
para culpar mis errores.
¿Tú, Gabriel, que has consagrado
al viejo inútil y pobre
los desvelos de tu alma
y el fruto de tus sudores,
tú ingrato? ¿con qué he pagado
tu amor? ¡oh! no hagas que asome
á mi rostro la vergüenza,
ni mi corazon destroces.

Gabriel. ¿Con qué me pagásteis? ¡Cielos!
¡con tan inmensos favores
sin saberlo vos!

Jaime. No entiendo...
permíteme que me asombre.

Gabriel. Muchos años han pasado
desde que en lazo conforme
se estrechó nuestra amistad.
Yo era niño, y soy muy joven.
Jaime. ¿A qué recordar...

Gabriel. Dejádme
que estas memorias imploro
para que sirvan al crimen
de tristes reconvenciones.
Desde aquel tiempo vinimos
á vivir en esta torre,
donde en soledad pasamos
tres años de paz, veloces.
Un dia, con vos trajisteis...
Jaime. ¡Gabriel! ¡Gabriel!

Gabriel. No os enoje
mi delirio, que hartó pagan
vuestro agravio mis dolores.
Un dia con vos trajisteis
¡nunca viniera! una joven
de celestial hermosura,
tierna niña en años doce.
Vos érais mi padre, y ella
me ha llamado desde entonces
su hermano. Desde aquel dia
mi corozon demudóse.
Yo que en la estúpida calma
de mi indiferencia torpe
pasaba mis tristes dias
sin placer y sin pasiones,
vi de súbito trocarse
mi existencia, y de las flores
del sentimiento gusté
los melancólicos goces.
Mi corazon quebrantó
sus miserables prisiones,
y en mi pecho fue creciendo
la confusion y el desorden.
Jaime. Prosigue.

Gabriel. En fin, este amor
tan desdichado, y tan noble
mientras le guardó mi pecho

á costa de mis dolores,
rompió el encanto sublime,
y pérfido, ingrato y doble,
dió lugar á la esperanza
con pérfidas ilusiones.

Esta es mi ofensa: ya sé
que no hay castigo que borre
tanta maldad, ni clemencia
que mi delirio perdone.

Jaime.

¿Qué puedo yo hacer?

Gabriel.

¿Mañana

partimos?

Jaime.

Los tres.

Gabriel.

¿Y adónde?

Jaime.

¿Quién sabe? Si hemos de ser
soldados...

Gabriel.

Fuerza es que note...

Jaime.

¿Aun persistes en creer
que deba...

Gabriel.

No se me esconde
vuestro intento; pero Inés,
que solo en vos reconoce
un amparo, si os perdiera...

Jaime.

¿Ha de faltar quien la apoye?

Gabriel.

¿Quién?

Jaime.

Tú.

Gabriel.

Yo voy á morir,
y como presto lo logre,
esto solo deberé
de mi suerte á los rigores.

Jaime.

En fin...

Gabriel.

Quedaos con Inés,
y sed su amparo. Esta noche
es la postrera que el techo
de esta morada me acoge.

Jaime.

No, no es posible. Tu suerte
no es tan cruel, ni te imponen
ese duro sacrificio
sagradas obligaciones.

Gabriel.

¡Os comprendo! quereis ser
generoso con el hombre
insensato que tan mal

á vuestro amor corresponde.
No lo consiento : eso fuera
castigaros...

Jaime.

No dos veces.

Escucha , Gabriel : no hay nada
que ya tu ventura estorbe ;
nada.

Gabriel.

Esplicaos.

Jaime.

Ya es preciso
que del disfraz me despoje
que ha ocultado largo tiempo
al hombre que aun no conoces.

Gabriel.

Hablad.

Jaime.

Tú me conociste
mozo aun. Ya por entonces ,
mi vida luchado habia
con esas tristes pasiones.
Hijo soy de un mercader.
Murió dejándome pobre ,
y al mundo me lancé en pós
de una fortuna y de un nombre.
Llegué á Madrid , esperando
en mis locas ambiciones ,
si no vencer mi pobreza ,
luchar contra sus rigores.
Bien pronto , perfeccionado
con el cortesano roce ,
se ensanchó de mi esperanza
el reducido horizonte.
La ambicion , que no enfrenada
nuestro corazon corrompe ,
la miseria que le humilla ,
y la altivez que le roe ,
fueron de mi loca vida
los desesperados móviles
que sin pensar me arrastrara
de mi perdicion al borde.
Por disimular mi origen
mudé apellido , y de un golpe
por mi voluntad subí
desde mercader á conde.
De este modo no me fue

difícil, cambiando porte,
 la confianza burlar
 de usureros y acreedores.
 La amistad que me ligó
 á unos monederos dióme
 ocasion á falsear
 monedas de plata y cobre.
 Estas me abrieron las puertas
 de otro mundo, que era el móvil
 de mis deseos: las altas
 sociedades de la corte.
 Allí naufragó mi calma;
 vi una muger bella y noble,
 la quise, y ella no fue
 á mis súplicas de bronce.
 Fue creciendo nuestro afecto
 con el trato, y ella, dócil,
 crédula, de sus deberes
 incautamente olvidóse.
 Fruto de mi amor fue Inés.

Gabriel.

¡Es posible! mi amor
 no son ya un crimen.

Jaime.

¿Y ahora
 mi ingratitud no conoces?
 ¿Yo que tu cariño habia
 adivinado en tu noble
 resignacion...?

Gabriel.

¿Y ella sabe...

Jaime.

No es tiempo de que lo ignore.
 Esa es mi sola disculpa:
 mis sufrimientos atroces
 para ocultar el secreto
 que ya mi impaciencia rompe.
 Por amor á Inés, temiendo
 sus justas reconvenciones,
 jamas quise que supiera
 cuál fue su origen innoble.
 El afán de que mas alta
 dicha que su padre logre,
 de este cruel sacrificio
 endulzaba los dolores.
 Por eso juzgué enlazar

su destino al de ese hombre
infame, á quien yo creía
tan honrado como noble.

Gabriel.

Bien pudisteis conocerlo,
que aunque hermosa y buena, es pobre.

Jaime.

Te engañas: al entregarme
de Inés, recibí su dote.

En oro le tengo allí
encerrado en ese cofre
de miedo de que la luz
la dicha de Inés me robe.

Fijos mis ojos avaros
por el tesoro que esconde,
ni se apartan por el día
ni se cierran por la noche.
¡ Ya sabes que hemos sufrido
mil horribles privaciones!
y siempre á la tentación
fue mi voluntad de bronce.

Por ella, egoísta, avaro,
he sufrido los horrores
de la miseria, usurpándome
de padre el sagrado nombre.

Mas ya es fuerza renunciar
á estas locas presunciones.

Será tuya...

Gabriel.

¡ Eso no, Jaime !

Inés es rica, y yo pobre.

Jaime.

¿ Qué importa ?

Gabriel.

Dejad que vaya
á la guerra, y como logre
que la gloria en los combates
con su esplendor me corone,
vendré á poner á sus plantas,
si riquezas no, el renombre
de mis hechos.

Jaime.

¿ Y si mueres ?

Gabriel.

¿ Quién mas venturoso entonces ?

Jaime.

¡ No, Gabriel ! yo solo debo
partir.

Gabriel.

¿ Por qué ?

Jaime.

Si conoces

mi vida , ¿qué me preguntas?
harás que el rubor me ahogue.

(Después de un momento de silencio.)

Condenado estoy á muerte,
y es necesario que borre
con mi sangre aquella mancha.

Gabriel.

No temais que ya os lo estorbe.

Jaime.

Tú te quedarás.

Gabriel.

Mañana

veré. No hagamos que note
por ventura Inés... Dormid.

Jaime.

¡A Dios!

Gabriel.

(Partiré esta noche.)

ESCENA II.

GABRIEL, en su habitacion. JAIME, dormido.

Gabriel.

¡Esta noche! yo no sé
lo que el corazon recela;
toda mi sangre se hiela...
¿Por qué, corazon, por qué?
¿Tan altas felicidades
bajo este techo has gustado?
¿Aun no estás acostumbrado
á mis tristes soledades?
¿Ó te causa pesadumbre
dejar la tierra querida
en que vegetó mi vida
sin placer y por costumbre?
Pero ¡ay! si, mi pena estrañas,
y en vana razon te escudas,
que cuando mi pena dudas,
pobre corazon, te engañas.
No es la acostumbrada huella,
no es el solitario hogar
lo que recelas dejar...
¿Por qué lo dudas? ¡es ella!
Ella, que de gloria y calma
mi vida infeliz bañó,
y con su amor disipó
las tinieblas de mi alma.

Ella, que de mi orfandad
 fue la dulce compañía,
 y de esta mansion sombría
 alegró la soledad.
 Pero es ya preciso huir
 de este encanto que encadena
 mi vida de engaños llena...
 es ya preciso morir.
 Dispongamos la partida,
 y pues este es mi destino,
 corazón, cumple tu sino
 aunque me cueste la vida.

(Éntrase por la izquierda. Un momento despues entra Inés en la habitación de Jaime.)

ESCENA III.

INÉS, sola.

¡Duerme! ¡duerme tranquilo! ¡No te augura,
 viejo infeliz, el alma temerosa,
 que es una horrible noche de amargura
 esta noche enlutada y silenciosa?

¡Nada te dice el corazón, latiendo
 con azorado afán? ¡Ay! no despiertas,
 y en tanto que feliz estás durmiendo
 la mano del dolor llama á tus puertas.

(Levantando las cortinas y contemplando á Jaime.)

¡Eres tú, ¡pobre viejo! y yo la impía,
 la misera muger que en torpe empleo
 el infame amor que te debía
 vendiendo al placer de criminal deseo!

¡No, no, Jaime! ¡jamás... ¡despierta! ¡mira!

¡Qué digo! ¡estoy temiendo tus enojos...!

Si has de mirarme con rigor, con ira,
 duerme en tranquila paz, no abras tus ojos.

¡Mirame con amor! ¡sálvame! ¡franca
 está á mis pies la peligrosa senda!

Ven en mi auxilio, y bienhechor arranca
 la que me ciega mentirosa venda.

¡Oh! ¡yo tendré valor, y aunque abatida,
 miserable muger, luchando inerme,

venceré mi pasión...! ¡tuya es mi vida!
¡no temas ya por mí! tranquilo duermes.

ESCENA IV.

INÉS. DON JUAN.

Juan. ¡Inés!
Inés. ¡Ah!
Juan. ¡Silencio!
Inés. ¡Vete,
 Felix, vete! (Dios me dé
 fortaleza.)
Juan. ¿Mas por qué...
Inés. Tu arrojó me compromete.
Juan. ¿No me ofreciste...
Inés. ¡Jamás!
 Huye de aquí: tengo miedo...
Juan. Ven.
Inés. Aléjate.
Juan. No puedo,
 si quedas, volver atrás.
 ¡Oh! conmigo has de venir
 á consolar mi existencia,
 ó harás con tu resistencia
 que deje aquí de existir.
Inés. ¡Insensato!
Juan. Ya no soy
 el hombre feliz de ayer,
 y ya dispuesto á escoger
 entre muerte y vida estoy.
 Sígueme: ven á endulzar
 mi desesperada suerte,
 ó aquí mismo me doy muerte.
Inés. ¿Qué misterio singular...
Juan. Esperanzado llegué
 á la ciudad, y las puertas,
 que hallar presumiera abiertas,
 cerradas las encontré.
 Desde allí pude escuchar
 entre gemidos atroces
 las desesperadas voces

del tumulto popular.

¡ Oh ! ¡ y desde allí vi mi casa
con fuego voraz prender... !

Aun desde aquí puedes ver
el incendio que la abrasa.

Dijéronme, en fin, que impíos
à fuego y sangre corrieron
mi casa, donde cayeron,
lidiando, todos los míos.

Inés. ¿ Mas quién eres tú ?

Juan. Perdona,
aunque mi maldad te asombre.
No es Felix Carrion mi nombre,
sino don Juan de Cardona.

Inés. ¡ Vos... !

Juan. Partidario leal
de Felipe nuestro rey,
llamado por justa ley
à la sucesion real,
con fuerte y valiente pecho
cuando necesario ha sido
de público he defendido
su disputado derecho.
Ciega fue mi confianza;
inútil mi arrojo franco:
vencido, ya soy el blanco
de la popular venganza.
Y ahora tú, porque el rigor
de mi desdicha sea mas,
¿ ingrata me negarás
tu amparo, si no tu amor ?

Inés. ¡ Felix ! ¡ Don Juan ! (¡ Bien temia
no resistirle, Dios santo !)

Juan. ¿ Qué dices, Inés ? tu llanto
es nuncio de mi alegría.

¿ Me compadeces ? ¡ Bendito
es tu noble corazon,
que abriga tal compasion
por el misero proscrito !

Inés. (¿ Esto es amor ó clemencia ?)

Sin tu desdicha terrible,
acaso fuera imposible

- contrastar mi resistencia.
 Pensé rechazarte, sí;
 pero vienes perseguido,
 ¡desgraciado! nunca has sido
 tan seductor para mí.
- Juan.* Pues bien, huyamos.
- Inés.* ¡Don Juan!
- Juan.* No, no me des ese nombre.
- Inés.* Felix... temo... no te asombre
 mi desconsolado afán.
 Mas si olvidando tu fé...
- Juan.* ¿Qué dices, Inés? partamos;
 luego es tarde.
- Inés.* Sí, sí... vamos.
- Juan.* (¡Jaime! por fin me vengué.) (*Vanse.*)

ESCENA V.

GABRIEL, solo, que sale dispuesto á partir.

- Esta es propicia ocasion,
 pero por si Jaime está
 despierto, fuerza será
 que salte por el balcon.
- (*Se acerca al balcon, y se dispone á saltar.*)
 ¡Mas, si no me engaño, creo
 que á la puerta hacen ruido!
 ¿es sueño? ¡un hombre ha salido!
 ¡dudando estoy lo que veo!
 ¡Si acaso es Felix! ¡él es...!
 ¡Inés...! mi desdicha es cierta.
- (*Corriendo á la habitacion de Jaime, y gritando con voz terrible.*)
 ¡Despierta, Jaime! despierta,
 que te roban á tu Inés.
- (*Corre hácia el balcon y se arroja precipitadamente por él. Jaime despierta sobresaltado.*)

ESCENA VI.

JAIME, solo.

¡Qué escucho! ¿fue ilusion? ¿fue horrible sueño?

Que me roban á Inés... ¡soñé sin duda!
 ¡Inés, responde! ¡Inés! ¡calla! ¡Dios Santo!
 No, no... durmiendo está. Todo me turba.

(*Se habrá aproximado á la puerta de la derecha, que ha cerrado por fuera los fugitivos, y forcegea por abrir.*)

¿No me respondes?

(*Después de un momento de silencio, en que habrá estado escuchando con la mayor ansiedad.*)

¡Ah! ¡Ya no es posible
 andar de mi desdicha...! ¡suerte injusta!
 Se fue... ¡partió sin mí! rompió las puertas
 que yo juzgué por su virtud seguras.
 ¿Y adónde, adónde va? sola, perdida...
 Santa madre de Dios, dame tu ayuda.
 Huir... ¡abandonarme! pobre niña,
 ¿adónde irás, adónde? ¿Cuál fortuna
 te seguirá en la vida, si en sus brazos
 tu viejo padre tu orfandad no arrulla?
 ¿En dónde está la luz que me guiaba?

(*Corriendo frenético de uno á otro extremo de la habitación.*)

¿Dónde está Inés? ¡Inés! (*Llamándola.*)

ESCENA VII.

JAIME. ELENA, por la derecha.

Elena. Ya no te escucha.

Partió.

Jaime. Sí, ¿pero adónde? ¿tú lo sabes?

Quiero verla una vez.

Elena. No, Jaime, nunca.

Jaime. ¿Y por qué?

Elena. Porque el cielo no consiente
 que ante el delito la virtud sucumba.

Jaime. ¿Con que eres tú quien me la arranca?—Mira,
 no hay en la tierra ni favor ni ayuda
 que de mi ciega cólera te salve,
 si no me dices dónde está: ¿lo escuchas?

Elena. ¿Serás capaz...

Jaime. De todo.

Elena.

Si imaginas

vencer mi obstinacion, no lo presumas.
Mátame; pero Inés nunca á tus brazos
amante volverá: ¿lo entiendes? nunca.

Jaime. ¡Oh! ¡quieres engañarme! estás temblando,
¿no es verdad? sí... mi cólera te asusta.

Elena. No.

Jaime. La vida es preciosa.

Elena.

No me importa;

si me vengo de tí, mi vida es tuya.

Jaime. ¡Implacable muger! ¡nada te ablanda,
ni el ruego ni el temor! Pues bien: escucha.
Si hay en la vida para tí recuerdos
de aquella edad primera de ventura,
en delicioso crimen es bañada,
en esperanzas y en amor fecundas;
por aquellos recuerdos, por aquellas
gratas memorias que la mente adulan,
vuélvemela; ¿no ves? lloro.

Elena.

Tu llanto

no me conmueve, ni tu horrenda furia.

Jaime. Pues bien, ¡tiembla ahora tú! ya que inhumana
de mi infortunio sin piedad te burlas,
óyeme y estremécete. Esa niña,
esa infeliz Inés... es hija tuya.

Elena. ¡Oh! ¡calla! no es verdad.

Jaime.

¡Pluguiera al cielo!

Elena. Dime que no es verdad.

Jaime.

¿Por qué lo dudas?

¡Tú lo has querido, tú! también ahora
la amarga copa de mi pena apuras.

Elena. Corramos á salvarla.

Jaime. (Con ansiedad.) ¿Adónde...?

Elena.

¡Cielos!

Jaime. Acaba.

Elena.

Espera... mi razon se ofusca.

Ven, ven... dame tu apoyo.

Jaime.

¡Aparta! ¡aparta!

Elena. ¡Ten lástima de mí!

Jaime.

Justo es que sufras.

Elena. Corramos.

Jaime.

¿Para qué? ¡ya es tarde! deja

que mi desdicha y tu maldad se cumplan.

ESCENA VIII.

DICHOS. GABRIEL, que trae en brazos á INÉS desmayada.

Gabriel. ¡Jaime! (*Desde dentro.*)
 Jaime. ¡Qué escucho! ¡es Gabriel!
 ¡Inés!
 Elena. ¡Hija mia!
 Jaime. ¡Tente!
 aparta, madre imprudente,
 ya que no infame y cruel.
 No, no la des ese nombre.
 Elena. ¡Por Dios!
 Jaime. ¡Oh! tú callarás,
 ó de lo contrario, harás
 que con tu maldad la asombre.
 Elena. No; calla y yo callaré,
 aunque me mate el dolor.
 Jaime. Solo merece su amor
 el que amparo suyo fue.
 Gabriel, tú solo...
 Gabriel. ¡Y podrá
 olvidar nunca... no, no...
 no digais quién le mató,
 que le amaba, y me odiará.
 Jaime. ¡Murió!
 Gabriel. ¡Silencio! ya alienta...
 Jaime. ¡Inés!
 Elena. ¡Imploradle vos! (*A Gabriel.*)
 Gabriel. Jaime, no perdona Dios
 al que á una madre atormenta.
 Venid, acercaos, señora.
 Jaime. ¡Gabriel!
 Gabriel. ¡Tenedla piedad!
 Jaime. Mira...
 Gabriel. Venid, y abrazad
 á vuestra Inés.
 Jaime. En buen hora.
 Elena, yo lo consiento,
 pero en mi negra inquietud,

garante de tu virtud
será tu arrepentimiento.

Vive solo para Inés...

Elena. Y para tí.

Inés. ¡ Santo Dios ! (*Volviendo en sí.*)
¡ Qué miro !

Gabriel. Llegad las dos.

Elena. Sí, yo primero, á sus pies. —

Jaime. Detente. — ¡ Inés ! ¡ hija mia !

Inés. Señor... perdon... (*Cayendo de rodillas.*)

Jaime. Ven, levanta.

Inés. Con tanta clemencia y tanta
haceis mayor mi agonía.

Jaime. Levántate digo. Estás
delante...

Inés. Todo lo sé,
que vuestra historia escuché
porque mi error fuese mas.

Jaime. Ven, perdónala. (*A Elena.*)

Inés. (*Arrojándose á sus brazos.*)

¡ Señora !

Gabriel. (*Aparte á Jaime.*)

(¿ Qué estais haciendo ? ¿ no veis...)

Jaime. Ven ahora tú.

Gabriel. ¿ Qué quereis ?

Jaime. De pagar tu amor ya es hora.

Gabriel. No, no... yo os dejo. Entre tanto,
si me premia la victoria
yo volveré con mas gloria
y ella enjugará su llanto.

Y si mi destino está
cifrado en que no la vea
ya jamas, cuando esto sea,
yo sé que me llorará.

Pero ya que de esta suerte
corro á la lid, donde acaso
venga á detenerme el paso
obscura y terrible muerte,
para calmar el recelo
que en mi triste pecho labra,
decidme alguna palabra
de esperanza ó de consuelo.

Inés. Volved: yo os esperaré
 feliz ó desventurado,
 y si mi amor se ha borrado
 mi mano os entregaré.

(Gabriel se retira manifestando en su semblante una profunda amargura. Inés, colocada entre Jaime y Elena, se oculta el rostro con las manos.)

FIN DEL DRAMA.

Fig. 30.

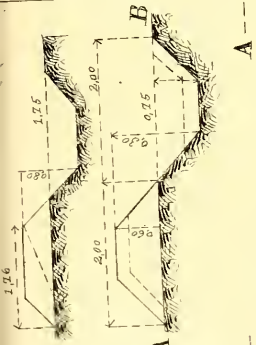
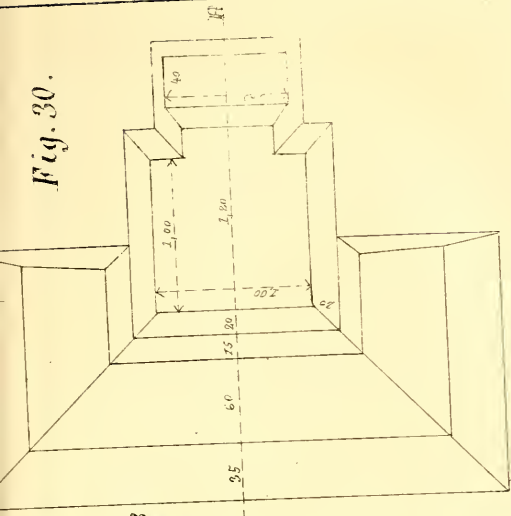


Fig. 21.

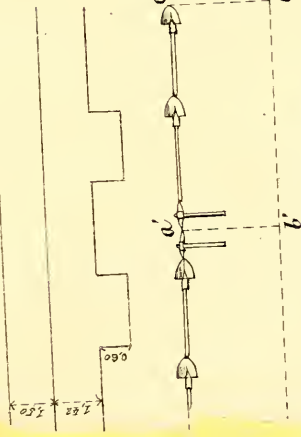
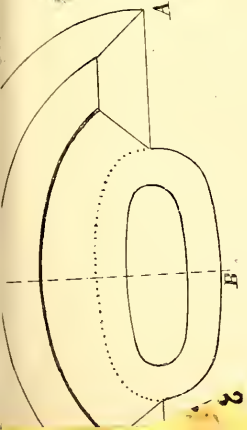


Fig. 27.

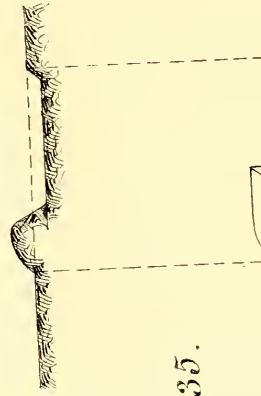
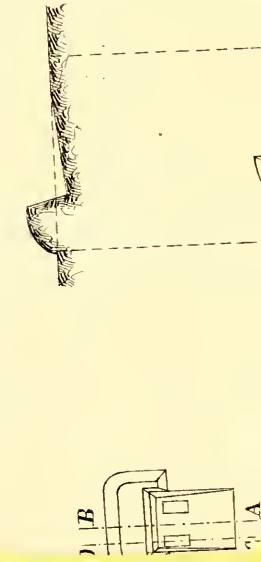


Fig. 35.

